

Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La Guerra Hispano-Norteamericana de 1898 y sus repercusiones en Mendoza

Autor: Antequera, José Osvaldo

Forma sugerida de citar: Antequera, J. O. (2000). La Guerra Hispano-Norteamericana de 1898 y sus repercusiones en Mendoza. *Cuadernos Americanos*, 2(80), 194-212.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIV, Núm. 80, (marzo-abril de 2000).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

La Guerra Hispano-Norteamericana de 1898 y sus repercusiones en Mendoza

Por José Osvaldo ANTEQUERA
Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

Cuba en la época de las guerras revolucionarias

DURANTE EL SIGLO XIX y parte del siglo XX, el desarrollo de Cuba estuvo ligado a dos factores: la producción azucarera y la vecindad con Estados Unidos, quien además fijaba el precio del azúcar. A cambio le vendía productos manufacturados a menor precio. Cuba era, hacia 1860, la más rica y poblada de las dos colonias que le quedaban a España en América. Pero a partir de esa fecha enfrentaría serios problemas económicos y políticos.

Muchos hacendados ya habían iniciado la mecanización de la industria para modernizarla, pero la debilidad económica de España,

y en concreto su carencia de refinerías de azúcar, así como su incapacidad para absorber la producción azucarera de Cuba, hacían cada vez más evidente el dilema colonial de Cuba: una creciente dependencia económica de mercados y tecnología que la metrópoli no podía proporcionarle [...] Una minoría de cubanos era partidaria de la independencia. Algunos de ellos, bajo la influencia del sentimiento nacionalista que a principios de siglo sembraron filósofos como Félix Varela y poetas como José María Heredia, veían una Cuba libre y soberana, con estrechos lazos económicos con los Estados Unidos. Otros querían poner fin a la dominación española y luego, como hiciera Texas en el decenio de 1840, procurar la anexión por parte de los Estados Unidos, país que a sus ojos simbolizaba tanto el progreso económico como la democracia.¹

Otras causas hacían que la oposición hacia España aumentara y se extendiera a todos los sectores de la población: altos e injustos impuestos y gobierno arbitrario formado por burócratas españoles que se creían superiores a la población nativa. Así, muchos cuba-

¹ Luis Aguilar, *México, América Central y el Caribe (c. 1870-1930)*, en Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1992, tomo IX, p. 210.

nos, entre ellos los negros libres, comenzaron a expresar su malestar. Y la isla se dividió en dos campos hostiles: los cubanos contra los españoles, siendo éstos numéricamente inferiores, sobre todo en las provincias orientales. El sentimiento antiespañol se generalizó y los grupos independentistas decidieron que había llegado su momento. Con el lema “¡A España no se la convence, se la vence!”, iniciaron el desafío.

Por otro lado, el fracaso de España en la República Dominicana y el de Napoleón III en México convencieron a muchos cubanos de que España podía ser derrotada. Una consecuencia más directa de la situación internacional fue que muchos dominicanos con experiencia militar se instalaron en la parte oriental de Cuba, realizando una aportación valiosísima a la rebelión cubana.

Finalmente, las circunstancias políticas que agitaban a España ayudaron en gran medida a la causa cubana de emancipación. Durante la Guerra de los Diez Años, la metrópoli presenció la abdicación de Isabel II, una regencia militar, el reinado de Amadeo de Saboya (1871-1873), la proclamación de una república, la restauración de Alfonso XII y una segunda Guerra Carlista (1872-1876). Como consecuencia de esas turbulencias históricas, el ejército español destacado en Cuba no recibía la atención y los pertrechos que necesitaba. Se sumaba a esto la tradicional corrupción burocrática y el favoritismo político, que minaron todo esfuerzo militar serio. Prueba de ello es que, durante los primeros años de la guerra, once militares desempeñaron el cargo de capitán general de Cuba.

Mientras tanto, en Estados Unidos reaparecía amenazador el “destino manifiesto”, con el nombre de imperialismo económico y político. Su reaparición se explica por la conveniencia de contar con un paso interoceánico por América Central. El deseo de asegurarse navalmente el control que protegería el posible canal y, sobre todo, la presión de mantener seguras las fronteras logradas y la necesidad de encontrar mercados. Aunque desde 1850 se había alzado una barrera contra el “destino manifiesto”, en 1897 el capitán Alfred Thayer Mahan publicó un libro que puso en movimiento un “segundo destino manifiesto”. Éste promovía un canal en América Central y bases en el Caribe y el Pacífico.

Ya en la presidencia de Benjamin Harrison (1889-1893), el secretario de Estado, James Blaine, expresó la urgencia de comprar Cuba, adquirir las Islas Vírgenes, conseguir las bases navales en Santo Domingo y tomar las islas Hawai. Blaine comprendió que con la Doctrina Monroe se podrían estrechar vínculos comer-

ciales con Hispanoamérica y darle salida al exceso de producción. Así orientó la doctrina hacia el panamericanismo, cuyo primer fruto fue el Congreso Panamericano de 1889-1890, de donde salió la idea de la Unión Panamericana y de una América unida jurídica y políticamente en torno a Estados Unidos. Pero en 1892 ganó nuevamente las elecciones Grover Cleveland, quien gobernaría el periodo 1893-1897, aplazando el "nuevo destino manifiesto". De-seaba el canal, pero no el dominio sobre pueblos extraños.

Lo ideal para Estados Unidos era desalojar del Caribe a Francia e Inglaterra, pero resultando imposible se contentaba con desahuciar a España mediante su política de imperialismo protector. Así, al darse la revuelta cubana de 1895, ofreció su mediación, que España rechazó. En 1896, el gobierno español de Práxedes M. Sagasta accedió a la autonomía de Cuba y retiró de la isla al odiado gobernador Valeriano Weyler.

Los problemas internos continuaron y los intereses en una Cuba sin España se acentuaron. La publicación en la prensa de una carta en la que se expresaba cierto desprecio por William McKinley, y la explosión del *Maine* a causa de un artefacto colocado en su interior, llevó a que Estados Unidos enviara a Madrid un ultimátum exigiendo que se firmara el armisticio con Cuba.

A pesar de ello, Estados Unidos declaró la guerra a España. Ésta fue muy breve; en efecto, el 3 de junio de 1898 fueron destruidos en Santiago de Cuba los barcos españoles de la escuadra de Cervera; el 17 cesó la lucha y una semana después desembarcaron los norteamericanos en Puerto Rico. Paralelamente, las islas de Hawai, Guam y Filipinas serían bases para la expansión comercial en Oriente. La definición del "destino manifiesto" se ampliaba. Antes había servido para justificar el derecho a extenderse y poseer todo el continente, ahora la definición incluía islas del Caribe, del Pacífico y de todo el océano.

Consecuencias de la guerra

POR el Tratado de París, firmado el 10 de diciembre de 1898, España renunció a todo derecho de soberanía y propiedad sobre Cuba. Cedió a los Estados Unidos la isla de Puerto Rico y las demás que estaban bajo su soberanía en las Indias occidentales, y la de Guam en el archipiélago de las Marianas o Ladrones.

También cedía el archipiélago de las Filipinas y Estados Unidos pagaría a España la suma de veinte millones de dólares en el transcurso de los tres meses posteriores al canje de ratificaciones.

Los negociadores españoles no consiguieron obtener ni la más mínima concesión de sus adversarios.

Pero lograron lo único que era posible lograr en sus circunstancias, a saber: silenciar los argumentos contrarios y forzar al gobierno de los Estados Unidos a refugiarse, a propósito de cada punto litigioso, en lo que era su exclusivo y único argumento: la fuerza. Y esto tiene y tendrá valor para todo el que no se resigne a dejar la vida reducida a un simple juego de intereses materiales.²

Mientras tanto, en Madrid se fueron apagando los ecos nacionalistas de la guerra. Las críticas hacia los norteamericanos se diluyeron con la ira que ahora se dirigía hacia las autoridades españolas, las cuales enfrentaban el grave problema de hacer frente a las indemnizaciones de guerra, a la deuda cubana y a las tropas enfermas y hambrientas que llegaban, en masa, desde Cuba.

La perla del Caribe quedó en poder de un gobierno militar norteamericano que se prolongó hasta 1902, no sin problemas graves y apremiantes:

Cuatro quintas partes de las plantaciones de caña de azúcar se hallaban en ruinas; la zafra de 1898 fue inferior en unos dos tercios a la de 1895. Alrededor del 90 por 100 del ganado de la isla se había perdido y la industria del tabaco virtualmente había dejado de existir. Las comunicaciones estaban cortadas. Disperso, mal pertrechado y hambriento, el ejército rebelde cubano vigilaba, a pesar de todo, lo que hacían las autoridades norteamericanas. La posibilidad de una confrontación armada entre los antiguos "aliados" empezaba a preocupar a Washington.³

El gobierno militar actuó rápida y enérgicamente licenciando en menos de dos años al ejército cubano, al que se le abonaron salarios atrasados a cambio de que entregaran las armas y volvieran a sus hogares.

El desarme de los rebeldes no se consiguió tan fácilmente, teniendo que intervenir los generales para convencer a sus soldados y negociar con las autoridades norteamericanas el procedimiento menos incómodo para las tropas cubanas, quienes interpretaban el hecho como si se tratara de una derrota o de un acto de sumisión, lo cual estaba muy lejos de su espíritu combativo.

² Pablo de Azcárate, *La guerra del 98*, Madrid, Alianza, 1968, p. 56.

³ Aguilar, *México. América Central y el Caribe*, p. 223.

Máximo Gómez, el más popular de los jefes de la revolución cubana, si bien había aceptado la propuesta de Calixto García sobre la entrega de armas (la que se realizó finalmente ante las autoridades municipales de cada pueblo y no ante las autoridades militares norteamericanas), rehusó ir a La Habana para ver izar la bandera estadounidense en el castillo del Morro. Escribió que “la nuestra es la bandera cubana, la bandera por la que tantas lágrimas y sangre se han derramado [...] debemos permanecer unidos con el fin de poner fin a esta ocupación militar injustificada”.⁴

Sin embargo, los norteamericanos estaban allí y de alguna manera ellos lo habían hecho posible, en su afán por desprenderse del yugo español. Aceptaron la ayuda proveniente de Estados Unidos sin saber de qué manos interesadas procedía, y ahora sus jefes, agotados aunque esperanzados en vagas promesas, dirigían sus pedidos a Washington en procura de créditos para poner en marcha la isla que aparecía marchita después del fragor de la guerra: “El resultado inmediato de esta dominación creciente fue la formación de un poderoso grupo de presión en Washington que pretendía mejorar las relaciones comerciales con Cuba”.⁵

Pero mientras persistía la desconfianza hacia las intenciones norteamericanas, crecía también el nacionalismo cubano y se hacía fuerte. Los países latinoamericanos, que en su mayoría no tuvieron injerencia en esta guerra, vieron confirmadas sus sospechas. Estados Unidos había demostrado con el despliegue de su potencial militar que estaba decidido a hegemonizar el Caribe, controlar el futuro canal interoceánico y dirigir económicamente al resto del continente.

En adelante, los países más ilustrados iniciarían una política de defensa de la libre determinación de las naciones, en concordancia con la tan proclamada soberanía lograda a comienzos del siglo xix. Así, Argentina, Chile, Venezuela y México se opondrán a los intentos norteamericanos de panamericanización del continente. Los forcejeos diplomáticos se manifestarán en las Conferencias que para tal efecto se convoquen a lo largo de la primera mitad del siglo xx.

Poco a poco y bajo las apremiantes circunstancias históricas, las repúblicas latinoamericanas irán cediendo a los designios de la emergente potencia del Norte. Argentina será la última en hacerlo

⁴ *Ibid.*, p. 224

⁵ *Ibid.*

y sólo después de haber realizado grandes esfuerzos por mantenerse al margen de las grandes potencias y de haber agotado todas sus posibilidades en ese sentido.

Mendoza y la Guerra de 1898

A juzgar por la atención que dio a los hechos el diario *Los Andes* de Mendoza, por la profusión y extensión de la información proveniente de diferentes partes del mundo sobre lo que sucedía en la isla caribeña, se puede suponer que la prensa y la opinión pública en general se preocuparon y ocuparon de la guerra de 1898, cuya gestación también fue objeto de tratamiento periodístico a partir de los primeros años de la década de 1890.

Desde que se declaró la guerra aparecieron anuncios en las escasas páginas de *Los Andes*, llamando a reunirse a los españoles para recolectar fondos en diferentes domicilios e instituciones. Por otra parte, resulta llamativa la estrategia publicitaria del diario. Cuando la guerra comenzó a ser noticia de interés general, y a medida que los cables abundan en los funestos detalles, utiliza titulares destacados como “Bombardeo en Cuba”, para anunciar los avisos comerciales de sus clientes, seguramente, en procura de un mayor efecto.

Este periódico, recurso esencial del presente estudio, fue fundado en 1882 por el doctor Adolfo Calle, quien le imprimió “un compromiso que comienza con la entrega a la causa noble y fecunda de la información y termina con el cumplimiento de imperativos morales superiores, de los que hay que rendir cuenta a la conciencia y a la sociedad”.⁶ Sus páginas amarillentas, pero reveladoras, guardan las expresiones que vertiera aquella sociedad polifacética y plural, que ya se manifestaba en nuestro medio.

Los inmigrantes españoles se expresaron en forma calurosa y contundente en favor de su patria y no escatimaron recursos, los más pudientes, para ayudar a la causa española, a cuyas raíces aún se hallaban aferrados. Una gran mayoría, sin embargo, defendía la empresa de los cubanos. Rememoraban las hazañas argentinas de Mayo y las comparaban con las del pueblo cubano y sus héroes. No desdeñaban la ayuda que subrepticamente salía de Estados Unidos, pues reconocían que la Revolución de Mayo de 1810 había contado con el apoyo de Inglaterra. Pero guardaban y procuraban,

⁶“Centenario del diario *Los Andes*”, octubre de 1982, p. 2.

todos, un respeto memorable hacia España, a la que, decían, se le debían los bienes culturales y morales de Hispanoamérica. También se vislumbran algunas opiniones, tal vez como reflejo de lo que se decía en naciones europeas como Italia, Francia y Austria-Hungría, y advertían sobre las verdaderas intenciones de Estados Unidos.

Así, en 1897 el articulista de *Los Andes* dedica un editorial que titula "Pro Cuba Libre", para comentar una manifestación en Mendoza en ese sentido. Dice: "Gran entusiasmo reina en el pueblo de Mendoza, y sobre todo entre la juventud, con motivo del *meeting* de adhesión a la causa cubana que se celebrará el domingo próximo". Agrega el artículo que la causa cubana ha levantado el espíritu de nuestro pueblo que adhiere a la independencia de la Gran Antilla, que a imitación de todos los países de América Latina lucha hoy por conquistar sus derechos desconocidos y constituirse en Estado autónomo y soberano. No puede haber nada censurable en esta actitud del pueblo argentino. Que el movimiento de simpatía hacia Cuba no importaba absolutamente hostilidad a España, cuyos derechos sobre la isla nadie desconoce. Concluye que la actitud de los españoles al pretender contrarrestar las manifestaciones es injustificada, propia "de un sentimiento de aversión a este hospitalario país, cuyos habitantes tienen el derecho de ser respetados en sus opiniones, así como los argentinos sabemos respetar las de todos los extranjeros que pisan nuestro suelo".⁷

En otra publicación, y en un editorial especial, el diario da cuenta de graves revelaciones y cargos contra Estados Unidos. Al respecto, la prensa londinense publicó una carta dada a publicidad por la agencia Reuter y de la cual era autor un súbdito inglés que residía en Cuba y ocupaba una posición preeminente entre sus ciudadanos. Las afirmaciones causaron gran impresión en España, donde se creía que el autor era un funcionario consular. Lo más importante de esta correspondencia es que habla sobre la falsedad de la pacificación de Cuba o de que lo estará en pocos meses, lo que considera absolutamente risible.

No hay ninguna provincia pacificada, ni la situación general de la isla puede decirse que sea mejor que hace dos años. Weyler ha fracasado por completo. La Habana sigue rodeada de partidas rebeldes que se pasean por todas partes. La ruina de la isla llega a extremos aterradores y la mortalidad es horrible; la mitad del ejército español dado de baja por enfermedad

⁷ *Los Andes*, 1º de enero de 1897, p. 2, col. 1; p. 3, col. 1.

está en los hospitales, o en las enfermerías de los cuerpos. El resto padece hambres y desnudeces que únicamente los sufridos soldados españoles son capaces de soportar.

Agrega también el autor de la carta que Estados Unidos es el verdadero culpable de la situación en que se encuentra España, pues sin la protección que ha dado a la rebelión ésta hubiera podido ser aplastada en tres meses. “Los mismos cubanos reconocen que lo deben todo al apoyo moral y material de los Estados Unidos y que mañana sería imposible la vida de la república si les faltara semejante protección”.⁸

Para 1898 la guerra era inminente. La información al respecto es profusa y el articulista se hace eco de la situación en España, donde la agitación patriótica aumenta y se generaliza. Todos los diarios consideran la guerra como inevitable y protestan por las calumnias contra España formuladas en Estados Unidos. Afirman que jamás ni minas ni torpedos fueron colocados dentro del puerto de La Habana. Se dice que la reina regente firmó el decreto para abrir en la Península y en las colonias una gran suscripción nacional con el objeto de aumentar la flota: “Todos los diarios suscribiránse con fuertes sumas”. Mientras que el gobierno envió una nota a los representantes de las grandes potencias en esta capital para explicarles las decisiones que adopte el consejo en lo relativo a Cuba y Estados Unidos: “Asegúrase que la guerra está decidida”.⁹

En tanto, desde Cuba, las noticias que se reciben de Washington y Nueva York causan gran emoción entre los voluntarios y confían que España sabrá recoger el guante que le lanzan los norteamericanos, e irá a la guerra.¹⁰

De Nueva York recibe la siguiente información que publica el articulista. Anuncia que la votación de la cámara de diputados fue acogida entusiastamente por los diarios, quienes opinan en forma unánime que la guerra estallará, salvo que España ceda y reconozca la independencia de Cuba. Mientras en Washington se anunció que el ministro español Polo de Bernabé rehusará las invitaciones que le hicieron los ministros de McKinley para arreglar amigablemente la cuestión cubana. Esto es considerado como un indicio de guerra. Por su parte, las potencias europeas reanudarán

⁸ *Ibid.*, 11 de noviembre de 1897, p. 2, col. 1, p. 3, col. 3

⁹ *Ibid.*, 15 de abril de 1898, p. 2, cols. 1 y 2.

¹⁰ *Ibid.*

las negociaciones de mediación entre España y Estados Unidos para evitar la guerra.¹¹

Al respecto, la prensa de varios países europeos como Francia, Alemania, Suiza e Italia se manifiesta en favor de España, y dicen que lo que empuja a Estados Unidos a la guerra no es sino codicia y no fines humanitarios. Hacen votos por el triunfo de las armas españolas, si llega a producirse la guerra.¹²

El diario finaliza su reseña de aquel día reflexionando sobre la grave situación —en un extenso editorial— que en algunas de sus partes dice que:

En la política exterior de las naciones lo que se sabe o llega a traslucir no es nunca la última palabra, aunque parezcan imposibles las reconciliaciones y el apartamiento de los conflictos. La diplomacia guarda siempre en el más profundo secreto las últimas soluciones que muchas veces, y de improviso, apagan la tea de la guerra convirtiéndola en deslumbrador arco iris. En el tapete de la lucha se ha puesto la independencia de Cuba, idea simpática y halagadora para todos los pueblos americanos, pero a éstos les consta que tal deseo sólo puede convertirse en realidad por medio de una guerra sangrienta, que ha de hacer época en los anales de la historia moderna. Porque hay que desengañarse: los españoles de hoy no son lo que ha dicho el diario oficial de Mendoza; son los mismos españoles de Trafalgar y Zaragoza, tienen el orgullo de una raza gloriosa que un tiempo dominó al mundo y sólo podrá sometérselos cuando no haya una gota más de sangre que derramar en la tierra del Cid, de Pelayo y de Churruca. Como americanos aspiramos a que nuestros hermanos de Cuba sean libres e independientes; pero sinceramente, y porque no podemos olvidar los lazos indisolubles con la madre patria, hacemos votos porque aun en el último instante se encuentre una solución honrosa para todos y España, así como los Estados Unidos, no tengan más luchas en lo sucesivo que las del progreso y la civilización, en que ambos pueblos se han mostrado hasta ahora poderosos y en condiciones de competir victoriosamente con el enemigo más grande.¹³

En los días que siguen el ambiente bélico se generaliza, y en España los últimos despachos de Estados Unidos vinieron a dar mayor impulso al patriotismo español. “El pueblo, presa de gran excitación, reclama la guerra a todo trance”. Mientras que desde Cuba se comunica que delegados del Ministerio cubano han salido para tratar que los jefes insurrectos se sometan mediante nuevas e im-

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.*

portantes concesiones en lo relativo a la autonomía: “Dícese que muchos revolucionarios han depuesto ya las armas en vista de la actitud de Estados Unidos”.¹⁴

Al fin se decide concretar la fatal operación y el articulista publica información recibida desde Washington. Allí McKinley acaba de firmar las resoluciones del Congreso concernientes a Cuba, y firmó también el ultimátum, el cual fue enviado a España. Al saberlo, Polo de Bernabé (ministro español en Norteamérica) reclamó al Ministerio de Estado sus pasaportes.¹⁵ El pueblo norteamericano se manifestó contra el gobierno español, frente a su legación, mientras que el ministro español emprendió viaje a México, donde esperará nuevas órdenes de Madrid.¹⁶

Justamente de allí son las próximas noticias, objeto de información del diario. Hablan sobre la inauguración, en presencia de la reina, de las cortes legislativas. En su discurso, la reina dijo que si Estados Unidos cede a la corriente popular, la situación se haría intolerable para la dignidad nacional y obligaría a España a romper hostilidades. El mensaje recuerda la intervención de León XIII y termina diciendo que las dificultades del porvenir no serán superiores ni a la fuerza ni a la energía de la patria española. En todas las ciudades del reino, a donde llegó la noticia de la ruptura con Estados Unidos, se realizan manifestaciones patrióticas, de gran entusiasmo popular en favor de la guerra. Al respecto, se supo que Woodford (ministro norteamericano en España) saldrá para Francia el próximo sábado. “Ya no queda ninguna esperanza para evitar la guerra”. Y las cortes votaron todos los créditos que para la defensa nacional pida el gobierno.¹⁷

En La Habana, por otra parte, reina entre los españoles y cubanos favorables a España gran entusiasmo para luchar contra Estados Unidos. Y en Washington, el general Miles conferenció largamente con el presidente de la Junta cubana, señor Estrada Palma. Finalmente, y según un boletín de *La Nación*, de última hora, el gabinete español de Sagasta decidió ir a la guerra. “¡Guerra!, ¡Guerra!”.¹⁸

Ya en el fragor de la guerra se busca la opinión calificada de los representantes diplomáticos, y el articulista da cuenta de las declaraciones del doctor Pellegrini, entrevistado en París por un

¹⁴ *Ibid.*, 17 de abril de 1898, p. 2, cols 1 y 2

¹⁵ *Ibid.*, 21 de abril de 1898, p. 2, col 1

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid*

corresponsal del *Herald*. Dice que los sentimientos argentinos están divididos frente a la guerra. Que Argentina no puede condenar los esfuerzos cubanos por conseguir su independencia, pues significaría renegar de su propia historia. Que tampoco se puede condenar la simpatía o la ayuda dada a los cubanos por una nación extranjera, “pues al hacerlo nos sería difícil olvidar el apoyo moral y material que nosotros recibimos de Inglaterra en nuestras luchas”. Pero que a pesar de todo ello, Argentina está completamente ligada a España. Y que la colonia española forma una familia con la sociedad argentina. Que existen lazos entre argentinos y españoles que la independencia no ha podido romper. Ha citado a Pascal al decir que “el corazón tiene razones que la razón no comprende”. Sospecha también que a los norteamericanos no los guían solamente sentimientos humanitarios, sino que persiguen fines comerciales, “objetivo de todas sus acciones y secreto de su expansión colosal”. Respecto de la pregunta sobre la duración de la guerra, respondió que eso dependía del resultado del primer combate naval.¹⁹

Echadas las cartas de la confrontación, el diario centra su atención y su espíritu en las posibles consecuencias de la guerra. En la geografía de la ciudad clave, Santiago de Cuba, sobre la cual reflexiona en una extensa editorial, dice que la posibilidad de un combate es allí inminente porque a sus puertas se encuentra anclada la escuadra de Pascual Cervera, y en las inmediaciones la de Winfield Schley (almirante de la flota norteamericana). Sobre las consecuencias del combate dice que la derrota de los yanquis significaría un desastre de consecuencias fundamentales para la guerra, porque perderían la mitad de sus buques más modernos y poderosos; pero que derrotados los españoles, el hecho asumiría las proporciones de una catástrofe, pues además de perder naves de un valor inapreciable caería en poder del enemigo la importante ciudad de Santiago, a cuyos alrededores se encuentran numerosas fuerzas insurrectas perfectamente armadas que se abalanzarían sobre la plaza. Describe al puerto (en un tiempo el principal de la isla) situado en la orilla de una de esas ensenadas que se abren en la cadena de arrecifes que rodean a Cuba y comunican con el mar por un canal estrecho. “La bahía de Santiago de Cuba sólo tiene ciento sesenta metros en la parte más angosta del canal de entrada,

¹⁹ *Ibid.*, 29 de mayo de 1898, p. 2, col. 1.

pero en el interior se abre una magnífica bahía rodeada de caletas en que todos los buques de la isla podrían encontrar abrigo".²⁰

Iniciados los combates, el diario da cuenta de las noticias que van generando las fuentes más próximas a la guerra y que por su lógico interés estratégico es importante confrontar. Así, por ejemplo, se informa que en Estados Unidos se anunció oficialmente un nuevo bombardeo a Santiago, el 7 de junio, que perjudicó seriamente a los fuertes y ocasionó muchas muertes. Fue demolido el crucero español *Reina Mercedes*, matando al segundo comandante y a cinco marineros e hiriendo a un teniente y diez marineros. Por su parte, en Madrid, un despacho oficial de La Habana anuncia que los norteamericanos empezaron a bombardear ayer los fuertes de Santiago, pero no da detalles. Más tarde, otro despacho dice que los españoles han vuelto a rechazar el nuevo ataque de los navíos norteamericanos a Santiago, aunque murieron varios españoles entre los cuales se hallan el coronel Ordóñez y el capitán Sánchez.²¹

El diario continúa brindando detalles del ataque norteamericano a Santiago, y noticias de Estados Unidos concluyen que ningún buque norteamericano ha sido tocado por los proyectiles enemigos y que no hay bajas "norteamericanas". Mientras en Madrid un telegrama de Cervera confirmó el ataque a los fuertes y buques a su mando y que el *Reina Mercedes* tuvo seis muertos y diecisiete heridos. Que los daños sufridos "no son de importancia y que el enemigo recibió averías visibles". Por otra parte, comunican de las Antillas que la censura telegráfica es tan rigurosa que se rechazan todos los telegramas dirigidos a España con los detalles de la acción de Santiago. En tanto que en Buenos Aires el diario publica que Washington recibió noticias sobre la guerra y que hablan sobre las fuerzas de desembarco norteamericanas, que ayudadas por los insurrectos habrían llegado a tierra, resistiéndoseles tropas españolas, las que finalmente tuvieron que ceder al número y fuego de los buques norteamericanos que los protegían al desembarcar. "Los españoles se replegaron sufriendo grandes pérdidas".²²

Algunos días después, el diario mantiene informada a la opinión pública sobre lo que acontece en el Caribe. En Nueva York, *El World (sic)* anuncia que el comodoro Sampson telegrafió di-

²⁰ *Ibid.*, 31 de mayo de 1898, p. 2, col. 1

²¹ *Ibid.*, 8 de junio de 1898, p. 2, col. 1

²² *Ibid.*, 10 de junio de 1898, p. 2, col. 1.

ciendo que su situación era muy crítica, y que era indispensable se adoptasen medidas inmediatas para apoderarse de Santiago. Mientras que en Madrid el ministro de guerra (general Correa) volvió a protestar enérgicamente contra las infracciones continuas de los norteamericanos a los derechos internacionales. En tanto que en Barcelona la *Unión Catalana* hizo un manifiesto al pueblo en el cual atacaba vivamente al gobierno por su imprevisión, ya que no se había preparado para la guerra. Pidió que se hiciera la paz enseguida, "pues así será menos costosa, que más tarde cuando la impondrán los norteamericanos".²³

A comienzos de julio, el diario anuncia en grandes titulares que Santiago de Cuba ha sido atacada por mar y tierra. Y que Manzanillo ha sido bombardeado también. Que los cubanos insurrectos toman parte en la lucha y, según despachos de Schafer, están batiéndose con heroísmo. En Washington, de donde proviene la noticia, reina gran ansiedad por conocer el resultado de esa batalla. Mientras que en Madrid también se supo del ataque combinado, con resultado favorable a España, aunque el rumor no fue confirmado. Por otro lado, monseñor José Pozuelo de Herrera dio una pastoral concerniente a la guerra con Estados Unidos que causó viva impresión. Dicho prelado ataca duramente a Norteamérica e invita al pueblo español a no ceder y proclama la guerra santa en todas las parroquias de su diócesis. Los eclesiásticos van a promover reuniones tendientes a avivar el patriotismo y ayudar al gobierno por todos los medios posibles.²⁴

Al día siguiente, el diario informa que en Washington se dijo que la batalla de Santiago comenzó a las 7 de la mañana y que el general Lawton tiene ahora en su poder a Cabaña, posición que los españoles defendieron tenazmente. Que las flotas de William Sampson y Schley están bombardeando rigurosamente el fuerte del Morro, el cual contesta con todo vigor. Que hasta el momento no se sabe cuál será el resultado, pero se sabe ya que los muertos de ambos bandos son numerosos. Por otra parte, en Barcelona el obispo de esa diócesis, la Cámara de Comercio y el comité central del Partido Socialista Catalán dirigieron al gobierno central una nota solicitando se ponga término a la guerra, porque si ésta continúa la provincia se arruinará. No obstante, en Madrid las ideas parecen ir en otra dirección. Allí se ha comunicado que todos los

²³ *Ibid.*, 19 de junio de 1898, p. 2, col. 1, p. 2, col. 2

²⁴ *Ibid.*, 2 de julio de 1898, p. 2, col. 1

miembros del gabinete se expresaron contrarios a la paz. Al respecto, los despachos recibidos dicen que excepto en Barcelona, la reacción belicosa se acentúa en toda la Península. Más adelante, la crónica del día da cuenta de un parte oficial proveniente de Washington, con más detalles sobre el combate de Santiago de Cuba:

La batalla ha sido encarnizada. Los norteamericanos han tenido quinientas bajas entre muertos y heridos. Las pérdidas españolas no se conocen, pero no pueden ser inferiores. Los norteamericanos han logrado ocupar y establecerse firmemente en los obrajes avanzados de Santiago y esta mañana [...] han debido reanudar el combate, emprendiendo nuevamente el ataque a las posiciones españolas. El espíritu de las tropas es excelente.

Por otra parte, en Roma se supo que a través de su prensa, el Vaticano exhorta a las grandes potencias para que ofrezcan su mediación, con el propósito de que cesen las hostilidades entre España y Norteamérica.²⁵

El diario continúa brindando información con detalles de la batalla de Santiago de Cuba. Al respecto se supo en Washington que el general Schafter deberá replegarse con sus tropas a las colinas próximas a la costa, pero en forma temporal y con el objeto de dar descanso a las tropas. “Parece que Schafter abandonó completamente todo el llano que circunda a Santiago y las posiciones que ocupaba en el Camey”. Mientras tanto, desde Madrid se informa que dos mil soldados españoles combatieron heroicamente contra diecisiete mil norteamericanos. Que murieron de la misma forma el coronel Ordóñez y el comandante Domínguez, mientras que otros generales y oficiales quedaron heridos. Por otra parte, de Nueva York se informa que en Manzanillo fue hundido por los españoles el buque norteamericano *Hornet*. Los buques norteamericanos se retiraron después de haber hundido a un torpedero y una cañonera española. En tanto que el gobierno adoptó medidas urgentes para el envío de refuerzos a Cuba. Más adelante se da cuenta de un despacho originado en Washington con carácter de “urgente”, en el cual se señala que la flota norteamericana del comodoro Sampson entró al puerto de Santiago y destruyó la flota española del almirante Cervera. Todos los buques españoles fueron destruidos, menos uno. Agrega que un telegrama de Schafter, de fecha 3 de julio, dice que pidió capitulación inmediata de Santiago, amenazando,

²⁵ *Ibid*, 3 de julio de 1898, p. 2, col. 1

en caso contrario, bombardearla: “Cree que la plaza capitulará”. Por otra parte, se supo en Nueva York, gracias a un comunicado fechado en Playa Este, que habiendo salido de la bahía de Santiago, los españoles alinearon sus buques y los incendiaron, menos uno, en el que se supone se hallaba Cervera. Se trata del buque *Vizcaya*. Por su parte, el comodoro Sampson confirmó a Washington la voladura de la escuadra de Cervera, y, además, que tomó mil doscientos prisioneros españoles, entre los cuales se encuentra Cervera. En tanto que, allí mismo, un telegrama de Schafter al ministro de Guerra norteamericano anunció que la guarnición de Santiago rehúsa capitular y que, de acuerdo con las instrucciones que se le enviaron, él ha acordado un plazo hasta mañana a medio día para rendirse, pasado el cual procedería vigorosamente al bombardeo. En contraposición, noticias de España sobre la escuadra de Cervera dicen que el gobierno acaba de comunicar a la prensa un despacho oficial de Cuba, según el cual dicha escuadra salió de Santiago pasando el canal sin accidente alguno, y que después se oyó un vivo cañoneo. Que se ignora el resultado del combate que ha debido librarse con la escuadra norteamericana. Luego, el ministro de Guerra ha recibido otro telegrama de Santiago anunciando la llegada a esa plaza de la columna del general Federico Escario después de haber forzado las líneas norteamericanas. Finalmente, otros despachos procedentes de Madrid anuncian que la escuadra de Cervera forzó el bloqueo establecido por los buques norteamericanos, y gracias a su velocidad pudo alejarse sin haber siquiera recibido averías. Mientras que las noticias norteamericanas sobre la destrucción de esa flota serían falsas y con el objeto de desanimar a las tropas españolas, que defienden a Santiago de Cuba para obtener la rendición de la plaza.²⁶

Un día más en la vida del diario que nutre nuestro trabajo. En su escaso volumen continúa la redacción de los telegramas con noticias de la guerra. Madrid informa que su gobierno ignora la destrucción de la flota de Cervera y que los despachos oficiales de Cuba no lo mencionan, mientras que en Nueva York se supo que Cervera está herido en un brazo y que le declaró a Sampson que prefería arriesgar un combate en alta mar que esperar la perspectiva de sucumbir en la situación en que se halla. Se informó también en aquella ciudad que Schafter cayó enfermo, por lo que será reemplazado por el generalísimo Nelson Miles, quien se trasladará a la

²⁶ *Ibid.*, 5 de julio de 1898, p. 2, col. 1, p. 2, col. 3.

isla antes de ocho días con refuerzos y asumirá el mando del ejército. En tanto que en Washington se anunció, desde Santiago, que los cónsules extranjeros tuvieron una conferencia con Schafter para pedirle que prolongara el plazo fijado para la rendición de la ciudad. Es posible que dicho general acepte con el fin de que los extranjeros puedan ponerse a salvo. Finalmente, y después de varias aseveraciones y desmentidos, un editorial de *Los Andes*, merced a los despachos que provee la agencia Havas, confirma la destrucción de la escuadra de Cervera, disipando todas las dudas. Detalla el nombre y calado de los buques, su tonelaje y la tripulación, totalizando 2 164 marinos, los que se habrían enfrentado a los norteamericanos, y que, según datos de éstos, 1 600 de ellos han sido presos. Aunque se afirma que el *Cristóbal Colón* se habría salvado, con sus 543 tripulantes: "Esto interesa porque dicho buque es gemelo de nuestro *Garibaldi*". Agrega que aunque rudo, el golpe no ha desarmado a España en el mar, pues además cuenta con la poderosa escuadra del contraalmirante Miguel Cámara, sin contar con otras naves muy a propósito para la defensa de las costas. Dice finalmente que Cervera merece el respeto universal por su gloriosa aunque desgraciada página que ha agregado a la brillante historia naval de España: "Quien tan brillantemente acaba de luchar nació el 18 de febrero de 1839 y cuenta con 45 años de importantes servicios, habiendo ganado muchos de sus ascensos por acciones de guerra y tiene numerosas condecoraciones".²⁷

El 7 de julio de 1898 el diario informa que en Madrid fue confirmada la destrucción de la flota; lo que causó consternación y los diarios apenas consignan la noticia. Por su parte, el gabinete celebró un nuevo y largo acuerdo. A la salida de la reunión, el general Correa declaró a los periodistas que España estaba más dispuesta que nunca a proseguir la guerra, y que la lucha seguirá mientras le quede un soldado en la isla. En tanto que en Nueva York se supo que el general Linares declaró en Santiago que quemaría la ciudad antes que entregarla a los norteamericanos. Mientras, se asegura que surgió un desacuerdo entre Schafter y Sampson sobre la forma en que debe realizarse el ataque contra Santiago.²⁸

Noticias provenientes de España encabezan las columnas del diario del 8 de julio, dedicadas al desenlace de la guerra en Cuba. Hablan de que el general Linares, curado ya de sus heridas, volvió

²⁷ *Ibid.*, 6 de julio de 1898, p. 2, col. 1, p. 2, col. 3

²⁸ *Ibid.*, 7 de julio de 1898, p. 2, col. 1.

a asumir el comando del ejército de operaciones en Santiago. Mientras que el ministro de Estado recibió numerosas expresiones de condolencia por el desastre de la flota española; la mayoría, de gobiernos europeos. En tanto que el general Ramón Blanco pidió a Madrid, con urgencia, la remisión de fondos para hacer frente a erogaciones apremiantes “que no admiten dilaciones”. Acerca de los rumores de paz se dijo también en Madrid que un alto personaje del gobierno declaró que si ésta fuera indispensable, sería otro el gobierno que la negociaría. “El actual gabinete no la aceptará ni la propondrá”. Y otros despachos enviados de Cuba a Madrid comunican que la población de Santiago sigue en calma. Que se lleva a cabo el canje de prisioneros. Mientras que otro despacho confirma que los españoles echaron a pique, a la entrada de la bahía, el crucero *Reina Mercedes*, para impedir que los norteamericanos penetren en ella. Finalmente, un nuevo editorial de *Los Andes* ofrece detalles importantes y desconocidos por el público de Mendoza sobre el combate naval de Santiago. Dice que el comodoro Sampson ofreció a la nación, como presente del 4 de julio, la destrucción completa de la escuadra de Cervera. Que la noticia de la destrucción de dicha flota, recibida el mismo día en que el pueblo norteamericano celebraba el aniversario de su independencia, avivó allí el entusiasmo y en Nueva York se hicieron festejos inusitados. Que toda la población de Canadá tomó parte en esas fiestas y sus milicias visitaron varias ciudades norteamericanas, habiéndose mezclado en estas manifestaciones hasta un destacamento de tropas regulares inglesas.²⁹

Conclusión

ESTALLÓ la guerra y los contendientes mostraron sus verdaderos rostros. Se apagaron sus fuegos y los pensamientos proféticos de los héroes iluminados se cumplieron.

España se esforzó siempre por no perder a su hija más preciada. En la lucha por mantener su presencia orgullosa en el Caribe, donde ahora flameaban las banderas de naciones más poderosas, que la habían desplazado de su liderazgo imperial, hizo concesiones inimaginables en su historia de altivez. Pero todo fue en vano.

Paralelamente se libró una guerra de noticias, cuya confrontación revela que las informaciones generadas en Estados Unidos

²⁹ *Ibid.*, 8 de julio de 1898, p. 2, col. 1, p. 2, col. 3.

sobre los avances y victorias de los insurrectos fueron siempre contradichas por la versión oficial española, que siempre se apropió de las victorias. Este juego fue posible por la escasez casi total de observadores neutrales de la contienda, por la fuerte censura que oponía el sistema colonial español a la prensa local y extranjera.

El tímido sentimiento americanista a favor de una Cuba libre e independiente comenzó a cobrar fuerza a fines de 1896, cuando se conoció la noticia de la muerte de Antonio Maceo en una traidora emboscada, cuando el valiente general se dirigía a parlamentar con un bando español una posible tregua.

Pero la suerte de Cuba ya estaba echada, el campo rebelde y la tozudez española posibilitaban el avance de los fines perseguidos por la mayoría de los norteamericanos.

Entonces la opinión pública decidió terminar con la cuestión. Azuzada por sectores interesados, como lo eran los delegados cubanos de la revolución, quienes realizaron grandes campañas en favor de la causa cubana denunciando las arbitrariedades del gobierno español, al que por otra parte consideraban único adversario; los empresarios azucareros y tabacaleros apurados por restablecer sus negocios; los grupos políticos siempre ávidos de extender su "destino manifiesto"; y por supuesto el sentido humanitario de la sociedad en general, que clamaba por el fin de las calamidades que padecían sus conciudadanos y las del pueblo cubano en general, cuya causa creían justa. Se exigía a España renunciara a su soberanía sobre la isla y se ordenaba al presidente que hiciera cumplir lo anterior, para lo cual confería poderes suficientes para usar las fuerzas militares y navales de la nación.

Calixto García y Máximo Gómez acataron, no sin reconveniones y celos, la orden del Consejo de Gobierno de aceptar la jefatura del alto mando norteamericano. Calixto García reconoció que el Consejo de Gobierno había muerto al entregarle al presidente McKinley el mando de las fuerzas del ejército cubano, admitiendo con ello la necesidad de intervención de Estados Unidos. Y consideraba que al Consejo de Gobierno no le quedaba más que entregar su autoridad al pueblo revolucionario, que lo había tenido hasta ahora como el poder supremo del Estado.

El razonamiento de Calixto para negarle su apoyo al Consejo de Gobierno se basaba en el hecho de que éste no sería reconocido por Estados Unidos, por sus deficiencias estructurales e incapacidad. No cabe la menor duda de que éste era un enfoque de la realidad muy ingenuo. El gobierno yanqui no reconocía al Consejo

de Gobierno, simplemente porque su política consistía en ignorar sistemáticamente a las autoridades cubanas, no porque éstas estuvieran deficientemente constituidas.

Pero, seguramente, Calixto García comprendió la necesidad de que una vez consumada la intervención armada norteamericana, habría que luchar junto a los norteamericanos en primera línea y no permitir que el pabellón extranjero flotase en el viento de su tierra, sin que a su lado lo hiciera el de Cuba. Posiblemente, este proceder de los políticos revolucionarios cubanos se debió a la confusión política que reinaba en aquella época y, sobre todo, a su concepción y formación liberal, la cual les impidió comprender que la acción política y la lucha de masas podía traducirse en un poderoso movimiento capaz de modificar la situación. La ausencia de José Martí y de Antonio Maceo se hacía sentir, más que nunca, en aquellos momentos cruciales de la historia de Cuba. Así lo interpretó el diario *Los Andes* de la ciudad de Mendoza, Argentina, a través de los artículos que publicó durante el desarrollo de la guerra.

Mendoza, alejada por la distancia de los fuegos de la guerra, tuvo sin embargo un interés permanente por lo que acontecía en Cuba. A pesar, según hemos visto, de la fuerte presencia de los intereses españoles que se hallaban establecidos en la Provincia. Sin embargo, el espíritu crítico del fundador del diario estaba presente también en los artículos, y prueba de ello es el fuerte apoyo a la independencia de Cuba. Es que, en el fondo, la problemática de la guerra universaliza el espíritu del hombre, se encuentre donde se encuentre y sean quienes fueren los contendientes.

Con más fuerza se solidarizó entonces con aquel distante pero hermano espacio cultural ese espíritu adormecido junto a la cordillera de los Andes, habitante provinciano y orgulloso de su cuna. Valle de antiguas gestas emancipadoras sudamericanas. Simiente que aguarda, cien años después de la victoria de Cuba, el despertar de una nueva era de hombres que ilumine la unidad de toda Latinoamérica, en la gesta definitiva que la libere de su forzado enclaustramiento, como entiende y trata el maestro Leopoldo Zea en su texto *La esencia de lo americano*.